

Al este del Paraíso

¿Qué esconden los lugares que nos son familiares?. ¿Qué tormenta se oculta en nuestro paraíso?

Un apacible salón con un televisor viejo; un escritorio impecable; un futbolín; seis fotografías y un tapete, componen la instalación "Al este del Paraíso", de la artista Nohemí Pérez.

Todo dispuesto invitándonos a la pausa, al descanso. Cada objeto aparentemente inofensivo, se nos revela para que inevitablemente unamos la historia fragmentada del país reciente.

Una vez ahí, el televisor de "traqueto" de los años 80's, que en principio era solo una pieza de colección o de utilería, como en efecto lo fue para la serie de televisión sobre Rodríguez Gacha, nos sorprende al mostrarnos, una y otra vez, la transmisión de un partido de fútbol interpuestas con imágenes de la toma del palacio de justicia. Las imágenes rápidas de las jugadas con los sonidos de la cruenta toma. Todo pasa muy rápido en esta Colombia, no alcanzamos a procesar las imágenes, pero la sensación de horror se queda.

Una mezcla de fútbol y noticias, ese híbrido entre entretenimiento y desinformación.

Entonces vamos a las fotografías sencillas, gratas, que no pretenden ser postales, ni preciosistas: un río; un niño; una calle desierta. Todas tomadas en el Catatumbo, una zona del país saqueada por todos. Sobre las imágenes se leen frases de nuestros "protohombres": "yo soy un combatiente por los intereses supremos de la Patria". "Tenemos que reducir la corrupción a sus justas proporciones". "La corrupción en Colombia como en cualquier país del mundo es inherente a la naturaleza humana". Y así, una a una. Los textos tipiados con máquina de escribir sobre las fotografías rompen la temporalidad. Ayer, hoy, y siempre, van quedando condensados en cada imagen, que nos saca irremediablemente de un momento preciso. ¿Esto ya pasó o está pasando?

A un lado, un escritorio reluciente, perfecto, que parece sin usar, como los que imaginamos están en los despachos de los colombianos ilustres o de la gente "importante", sobre su superficie inscrito, el artículo 30 de los derechos universales del hombre. La inscripción podría ser mas bien una lápida, una vez se pone en juego con las demás piezas de la instalación, y con la pulcritud de féretro que tiene el mueble.

A estas alturas, ya hemos caído por completo en la trampa: el paraíso no es más que un espejismo, la realidad ha encontrado cómo manifestarse por medio de cada pieza, para recordarnos que no somos el país más feliz del mundo, que estamos lejos de ser el mejor vivero, que las riquezas naturales no son para nosotros y que, ese asunto de los Derechos Universales, no son tan universales, o por lo menos a este lado del paraíso.

Seguimos hacia el futbolín metálico, plateado, brillante. Como las mariposas buscan la luz, vamos a jugar un poco, al fin y al cabo estamos en un salón de descanso, y si algo tenemos los colombianos, es la capacidad infinita de sobreponernos a todo. No están los futbolistas. Encontramos en su remplazo, por cada jugador, un martillo o mallette de juez. Ese signo de la autoridad, de la justicia, convertido en figura de juego, se despoja de su poder simbólico, dejándonos en un estado de orfandad. Es ahí, donde el rompecabezas empieza a unirse, tomando forma; y el concepto de Estado de Derecho se fisura.

Sobre el piso, un mullido tapete circular, azul. Emerge de su centro la imagen del procurador Alejandro Ordoñez. El rostro del hombre que tiene la misión de vigilar el cumplimiento de la Constitución y de la Ley; promover la protección de los derechos fundamentales; el respeto de los deberes ciudadanos; y proteger el patrimonio público. Ese mismo hombre que ha atacado a ultranza la diversidad, y que considera que por encima de los derechos humanos, están los dogmas de fe. Por ese tapete hemos pasado una y otra vez para ver cada obra, lo hemos transitado, nos hemos parado encima sin temor y sin pudor, y es entonces cuando sentimos ese placer que nos permite el arte, esa posibilidad de subvertir el orden, esa rebelión simbólica que es liberadora y también, si se quiere, transformadora. Esta acción nos convirtió en una pieza mas de la instalación, nuestra presencia le dio vida a cada objeto, nos recordó que hacemos parte de este enrarecido país al que llamamos hogar.

Una vez terminamos el recorrido, queda la certeza de que no importa el orden en que armemos las piezas de este rompecabezas, la imagen final siempre será la de este paraíso, el de la democracia mas antigua de América Latina.

Adriana Mejía